

XIIDP

VIERNES 15, UN DÍA INOLVIDABLE

Santander, 15 de mayo de 2015

Por José Luis Muñoz Arroyo

Es un día importante para el Duodécimo Día del Pírfano, amanece todavía con peor cara que el día anterior, el viento arrecia, la lluvia aparece con furia y el frío obliga a echar mano de prendas de invierno, los del Sur lógicamente lo llevan peor que los chicarrones del Norte, alguna echa de menos unos guantes, exageras, le digo.

Estos inconvenientes meteorológicos no nos van a impedir hacer turismo, hay mucho que ver en esta bella ciudad, así que nos armamos de paraguas, chubasqueros y otras prendas anti-mojaduras. No podemos olvidar los planos de la ciudad indispensables para no perder detalle, y nos disponemos a conocer lo que nos dé tiempo, que no es mucho.

Visitamos la Plaza de Abastos, solo la planta baja dedicada al pescado, es de lo mejorcito que he conocido en mercados por la gran cantidad de especies y por la calidad de las mismas, los puestos se ven muy limpios, bien ordenados y en perfecto estado de revista. Conocí el nombre de algunos pescados raros para mí: el larguísimo y aplastado sable, la pequeña julia de un rojo vivo y otros que no recuerdo ahora. Yo iba cerca de mis amigas malagueñas que preguntan de todo y con gran salero, así que aprovechaba su gracia para aumentar mi sabiduría, que uno es tímido pero

no tonto. Otra vez tengo que resaltar la simpatía de los santanderinos que nos contestaban con amabilidad a todo cuanto les requeríamos sobre los productos que tienen a la venta, un saludo a los cántabros que me puedan leer, qué buena gente, ya estoy deseando volver, pero con la bolsa de la compra para llenarla de productos del mercado, ah, y la cámara de fotos que siempre se me olvida porque el mercado de la Esperanza de Santander es muy fotogénico, incluido el magnífico edificio de estilo modernista con estructura de hierro y cristal.

De allí pasamos a la plaza del Ayuntamiento que está al ladito, una plaza con mucho encanto y una casa consistorial impresionante de la cual desconozco su estilo. En este punto nos juntamos con más elementos de la tribu pinfanil, cuando esto sucede se organiza un pequeño lío discutiendo dónde dirigirse, al final se opta por dividir el grupo y cada cual con los más afines elige sitio. Después de disfrutar de esta plaza, centro de la ciudad y que tiene acceso a las calles comerciales más importantes nos vamos de compras. De una de las tiendas vemos aparecer a la gran Navita, la pínfana viajera por excelencia, que acaba de comprarse una prenda de abrigo, la valenciana no aguantaba más el frío norteño, así que la invitamos a un café calentito mientras los demás nos despachamos unas cañitas en el mercado viejo.

Visitamos la catedral, que no voy a describir para no aburrir, solo decir que estuvimos delante del sepulcro de Menéndez Pelayo en la que figura la inscripción “Qué lástima tener que morir cuando me queda tanto por leer” Sí, Don Marcelino, y es lástima también que en nuestras escuelas no se dedique más tiempo y más recursos al fomento de la lectura.

Al salir nos entraron ganas a todos de visitar al señor Roca, no me extraña, tanta cervecita es lo que tiene. Sé de uno que se sentó en la taza y al inclinarse para un lado, como el trono no estaba bien anclado al suelo,

por poquito estampa su parietal contra los azulejos. Hay que ver estos jerifaltes eclesiásticos que poco cuidan los detalles mundanos evacuatorios.

No nos podíamos perder la plaza Velarde también llamada Plaza Porticada situada frente a los Jardines de Pereda, otra maravilla que no podéis dejar de visitar si os acercáis a Santander, se construyó después del famoso incendio de 1941 y es una preciosidad donde se celebran muchos conciertos.

El tiempo vuela, cuando miro el reloj son casi las dos, tenemos que salir corriendo, están a punto de llegar más gallegos y los burgaleses, hay que salir pitando para el hotel, tomamos un taxi pero no le metemos prisa, él solito se acelera ¿será que nos ha notado nerviosos mirando el reloj? Total, que en una rotonda casi nos estrellamos, el taxista iba bien, el contrario fue el imprudente que casi nos embiste, el hombre del taxi no paró de gesticular, decir improperios y barbaridades de grueso calibre hasta dejarnos en la puerta del hotel, respiramos hondo, el verdadero miedo lo pasamos después del incidente de la rotonda, porque el taxista estaba desquiciado y Navita, que venía con nosotros, la pobre salió del taxi pálida y fría como la nieve.

Llegan los pínfanos procedentes de A Coruña y Burgos, simpatía y amabilidad personificadas en todos ellos, qué pena de banda de música con banderas y pancartas. Más abrazos, besos, risas, pero enseguida a por el condumio, que el hambre aprieta. Repetimos restaurante, “La Cañía” don Justo, el maître, ya nos conoce, es un hombre campechano que nos habla de sus veraneos en Cee, y echa unas parrafadas con nosotros mientras el camarero nos trae unas cervecitas de nuestra tierra, nos dice que están teniendo un éxito grande con Estrella Galicia, También tienen un camarero con acento de allende los mares, que a pesar de su juventud va camino de

ser tan bueno como su jefe y es que no hay como oír, ver y hacer para aprender.

La comida resulta de lo más agradable y a buen precio, pero lo mejor llega con los postres porque coincide con la visita de una tribu pinfanera que sabían dónde estábamos y han decidido acompañarnos en los cafés, nuevamente saludos, besos, abrazos...y el local se llena de risas y alegría contagiosa. ¿Entendéis por qué no puedo perderme estos encuentros? Bueno, algunos no lo entenderán pero yo sí que me entiendo.

Después de una pequeña siesta hay paseo, aunque más bien habría que decir intento de paseo, el viento sopla con fuerza, la lluvia arrecia sin compasión y hasta bajan las temperaturas de forma brusca; no obstante salimos luchando contra tanta dificultad, pero pronto nos refugiamos en una cafetería.

Cuando regresamos al hotel, están en recepción los que proceden de Madrid, ahora sí que se acerca el momento importante de la cena de encuentro, hay que ponerse guapo (difícil). Lo de poner un listado con el sitio de cada uno me parece un gran acierto, se evitan situaciones desagradables vividas en otras ocasiones, así que mi agradecimiento a los organizadores y en especial a la “mesera”. Atentos, que habla el presi, nos da la bienvenida y aplaudimos, no por inercia sino porque a Lucas se le quiere por sencillo, por buena persona. Toma la palabra Santi, nuestro secre, nos recuerda el programa, qué voy a decir de él que no sepáis, ejemplo de eficacia y de una calidad humana extraordinaria. Saben que no soy muy amigo de halagos porque sí, hay motivos sobrados.

La cena me parece extraordinaria, las mesas engalanadas como corresponde a la categoría de cuatro estrellas, el servicio atento a cualquier mano alzada, pero ante todo la cálida emoción del encuentro con amigos

que un día nos encontramos hace diez años en Padrón, y ya son parte de nuestro círculo de mejores amigos. También he visto en las listas nombres que antaño estuvieron unidos al mío en las listas de clase, que oía cuando el profe los llamaba al encerado, o cuando los nombraban en el cole como castigados o liberados para salir el domingo. Así que una vez conocido el número de mesa me acerco a saludar a un chicarrón santanderino que hace tan solo 50 años que vi por última vez, está sentado pues todavía no ha terminado de cenar, me aproximo por un lado y le digo: A que tú hace 50 años vivías en Santos Mártires, 33-1º, él con los ojos como platos, se gira, sí esa era mi dirección de entonces, le enseño la tarjeta de identificación, se pone de pie el tiarrón, ¡Muñoz!!! Y me da un abrazo que por poco me rompe las costillas, recordé cuando hicieron lo mismo conmigo hace diez años en Padrón, también me buscaron aunque entonces fue por megafonía, y no lo olvidaré nunca, también entonces como ahora se nublaron los ojos, nos contamos cosas de antaño y de ahora, de la familia de los compañeros... momentos para siempre.

Llega el momento de entrega de premios, mi nombre suena dos veces, pero eso es lo de menos, pero tenía que contarlo porque he sentido la cercanía y el cariño de mucha gente, algunas de estas personas no las conozco, pero dicen que han coincidido conmigo en el cole o que leen el foro pero no escriben. Esta noche puedo decir que me he sentido querido y eso sí que es un verdadero premio.

La fiesta acabó en la discoteca como tiene que ser, con mucha alegría, otro día del Pínfano para el recuerdo.